

Henos aquí, convocados, por Jean Lasne, a la guerra. No a su evocación simbólica, ni a su memoria genérica, sino a su experiencia real, a la guerra en acto. Estamos en la España republicana de los años treinta y unos militares felones quieren poner fin, por medio de la violencia guerrera, al proyecto de unos hombres de buena fé que han apostado por la libertad. Es el segundo intento de convivencia democrática de los españoles, fragil manojos de esperanzas, amenazado de muerte y de exterminio por los poderes de siempre.

Y comienzan tres años -1936/1939- terribles y puros, en los que el horror y la infamia de la guerra, la repugnante viscosidad de las armas, las llamaradas del odio, las bajezas del miedo son, al mismo tiempo, ternura unanime por la patria común, trama de heroísmos, gesta de fraternidad, exaltada solidaridad en la muerte compartida. Porque no estamos, todavía, en la macabra asepsia tecnológica de la guerra sin himnos y sin llantos, de la guerra que entierra preventivamente sus cadáveres antes de producirlos, estamos en el revuelto cuerpo a cuerpo, en el confuso día a día de balas y cuchillos, de horcas y venganzas, de vidas y de muertes que se ganan y se pierden, de pie, con los ojos abiertos. Estamos aún en la inmundicia y humanísima guerra que hace correr la sangre.

A esta cita con Jean Lasne en su **Guerra de España** vamos en espléndida compañía. Nos acompañan cuatro figuras cimeras de las letras castellanas del siglo XX, que son, a la vez, cuatro testigos excepcionales de este tiempo de España : Federico Garcia Lorca, Antonio Machado, Pablo Neruda, Rafael Alberti.

¿ Qué nos hacen ver ? ¿Qué realidades alumbran ? Abre la marcha el convocante con tres **Madre y Niño**, una en bronce y las otras dos en huile sur bois et sur toile, tema central en esta fase de su obra, que volverá insistentemente, obsesión de ser, de seguir siendo, de vida ganada a la luz que comienza, de entraña de madre, de pasión cumplida en la carne, petrea trinchera contra el exterminio. Golpean los cascos de los caballos de los cuarenta guardias civiles del Romance de Federico y mientras sus "tercos fusiles agudos por toda la noche sueñan", Jean nos instala en los azules del Greco, en los rojos quemados, en los ocreos secos de sus formas esdrújulas, patéticas.

Alberti con **Vosotros no caisteis** es el renonador de la realidad estallada de esos cuerpos descuajados y gloriosos de los dos **Eclatement** de Jean Lasne, que, en su melodía de azul y sangre -siempre sangre-, afirman que no son fin sino principio : "Vous n'êtes pas la mort mais jeunesse nouvelle" que proclama el poeta.

Y

Y esta irresistible y turbadora invitación a la alegría, estos “desnudos bailando” del joven pintor que prometen y esquivan, se acercan y escapan, ballet de latidos y llamas, de amarillos, marfiles, rosas, ocres de meseta que palpitan en un asombro de aureolas y nácares, Picasso dicho, presente de la mano de Alberti, con su ronda del toro, “azul toro de España”, que es juego del arte, que es, ahí está, guerra inacabable de España, arlequines rosa sin credo ni destino, la Arlesiana, rigores geométricos y aventura del color imposible, callejón del toro sin salida, inextinguibles banderillas de fuego en las ciudades, imparables arrancadas de muerte, vida, vida, vida.

Es ahora la voz de Antonio Machado, quizá el mejor poeta y el mejor hombre de la España contemporánea. Son las “Poesías de guerra”, campanas y velas que piden la luz contra ese tiempo de plomo y sus cielos de tragedia. “La Muerte de un niño herido”; fusiles contra un poeta (Federico o “El crimen fue en Granada”), “Las tierras de Soria” rememoradas en la contienda, y “Madrid, Madrid” trinchera de todas las esperanzas, a las que hacen eco esas cabezas de Jean Lasne, cabezas aullantes, gargantas acuchilladas, bocas, ojos, frentes que escupen en alto sangre y entrañas, y la madre arrebatada de cólera y ternura, tierra-ventre arado por el hijo que solo en él se cumple y que sin él se extingue, rompeolas de negros, blancoazules, amarillosfuego que enclaustran el amor y lo remansan como al viento el mar.

Cierra el cortejo Jean con su estremecedora evocación de Guernica: el pavor en su elementalidad primera, la destrucción como recompensa, la huida como futuro que no cabe, la sangre como único destino. Esa, “y desde entonces sangre”, con que nos despide Neruda “al explicarnos algunas cosas” de nuestra España rota: “Venid a ver la sangre por las calles, venid a ver la sangre por las calles”.

Colette Beleys, una adolescente de algunos años y su juvenil amor, que no cesa, por el gran pintor que aquí nos congrega, están haciendo posible la hazaña de sacar por unas horas de su pequeñez y de su nostalgia a los españoles de mi generación y de mis derrotas. En su nombre, gracias.